

LA AMAZONOMAQUIA DE GASPAR DE CARVAJAL

Gaspar de Carvajal's Amazonomaquia

ROSSEMILDO DA SILVA SANTOS¹

(INSTITUTO FEDERAL DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA DE ACRE, BRASIL)

Resumen

Gaspar de Carvajal, fraile de la orden dominicana nacido en Extremadura, España, en los albores del siglo XVI, se establece en la historia y en la literatura como el escriba oficial de la conturbada expedición liderada por Francisco de Orellana y, de esa manera, se convierte en protagonista de una de las más controvertidas aventuras en el más grande río del mundo, el Amazonas, río cuyo bautizo representa el papel de ese religioso en el siglo XVI. La Amazonomaquia, concebida como arte producida por griegos relativa a las guerreras Amazonas, en este trabajo recibe una nueva carga semántica: de arte/ historia/ imágenes producidas también por el fraile Gaspar de Carvajal.

Palabras clave: Amazonas, mito, Carvajal, crónicas, siglo XVI.

Abstract

Gaspar de Carvajal, friar of the Dominican order born in Extremadura, Spain, in the early sixteenth century, established himself in both history and literature as the official scribe of the troubled expedition led by Francisco de Orellana. Therein, he helped lead one of the most controversial adventures in the largest river in the world, the Amazon, whose baptism represents the role of the religious in the sixteenth century. The Amazonomachy, conceived as art about the Amazonas warriors produced by Greeks, in this paper gets a new semantic: art / history / images produced by the friar Gaspar de Carvajal too.

Keywords: Amazon, myth, Carvajal, chronic, XVIth century.

¹ Doctor por la Universidad de Valladolid, España, financiado por la beca Erasmus Mundus 17, y actualmente Professor EBTT del Instituto Federal de Educación, Ciencia y Tecnología de Acre, campi Sena Madureira, Acre, Brasil. Este artículo es una adaptación del TFM (Trabajo Fin de Máster) concluido en la Universidad de Valladolid en el Programa *Europa y el Mundo Atlántico: poder cultura y sociedad*.

Las noticias venidas desde Venezuela y otras regiones en la encrucijada de Quito sobre la búsqueda desenfrenada de tierras con inmensas riquezas motivaron a la partida de Gonzalo Pizarro en 1540 y, veinte años después, del gobernador Pedro de Ursúa a la región apuntada como ubicación del Eldorado maravilloso. Esos mitos se ubican siempre en una región de frontera, localizados en el más allá, en el adelante, un sitio a ser descubierto, explorado y conquistado.

En América, los escritores de las hazañas y hechos tienden a hiperbolizar sus narrativas. Transforman ballenas en monstruos horribles, dicen que vieron a hidras, hombres sin cabeza, con dos caras, cuernos o piernas de avestruz, orejas que se arrastran hasta el suelo, los anfibios que duermen al fondo de un lago, los que no tenían aparato digestivo porque vivían de oler flores e hierbas, pigmeos, gigantes, entre muchas otras descripciones que, juraban reconocidos cronistas y religiosos, habían visto y dado por segura la información.

Pero ningún mito nutría más la *intelligentsia* de aquellos estudiados partícipes de las expediciones como el de las Amazonas. No como mito impulsor, motivador de los viajes, pues los navegantes no buscaban ávidamente a tales guerreras legendarias, aunque siempre firmaban su presencia al final de la lista de escritos de los expedicionarios de El Dorado.

En América la exclusividad del mito no está con el relato de Gaspar de Carvajal, sino con el propio Cristóbal Colón, quien dijo haberlas encontrado en Matinico (Montserrat) junto a mucho oro. Pero, como bien nos recuerda el irónico y séptico Bayley, que nunca historiadores, como Herrera o Gómara, relacionan la invención de las Amazonas al primer cronista de las Indias Occidentales, sino a los de la expedición de Francisco Orellana. Bayley apunta Orellana como el responsable por el bautizo del río eternizado como de las Amazonas, pero a esos historiadores como padrinos, responsables por la retomada constante del hecho y, así, por parte de la constitución de la identidad de la región de mayor parte, hoy día, perteneciente a Brasil². Las describió Colón como el mito ateniense: mujeres que viven solas, recibían visita masculina de cuando en cuando apenas para quedarse preñas, luego los dejan y, si nace un hijo hombre o los matan o los dan a los padres.

² BAYLEY, Constantino. *El dorado fantasma*. Madrid: Consejo de la Hispanidad, 1943, p. 186.

El mito de las amazonas se forma a partir de indicadores sociales característicamente atenienses, como el patriarcalismo, la guerra, el sexo, política, transición de la edad infantil a la adulta y el matrimonio. El imperativo era el de que todo niño creciera guerrero y, *a posteriori*, padre, y las mujeres direccionadas a ser madres y esposas. El mito hace lo inverso: las amazonas no se casan ni aceptan ser madres, predominio de una carnavalización del orden social.

Homero (siglo VIII a.C.) cita la existencia de tales señoras luchadoras ya en su *Ilíada* y, en la primera vez que las cita, no es la forma convencional de amazona, pero como nombre propio, Mirina, el cual se supo *a posteriori* ser referencia a una de ellas, ya que en su época era “cosa sabida” el hecho de Mirina ser amazona y no explicitarlo más. Pero algunos versos adelante las llama amazonas. La palabra usada por Homero para describirlas es “rivales de los hombres”, pues todo héroe griego debería llevar, en su “currículo”, al menos una batalla, obligatoriamente seguida de una victoria, contra ellas. Carlos Alonso del Real³ cree que la referencia a las amazonas homéricas en el contexto de la guerra de Troya es un equívoco, siendo responsable por esa circunscripción Artino, creído como discípulo de Homero y a quien se alude la escritura de un poema (considerado prolongamiento de la *Ilíada*) titulado *Amazonia*.

Las Amazonas, tenidas como hijas de Ares y la ninfa Harmonía, son citadas, literariamente, en 417 a. C. por Eurípides, pese a que en 575 a.C. las tenemos pintadas en vasos que las representaban como adversarias de Heracles, enviado a coger el cinturón de la reina de las Amazonas a su hija. El modelo oscuro de pintura en la que estaban representadas las amazonas pierde plaza a otra manera de pintar, de esa vez rojo, dando mayor realidad a las acciones teñidas. Cambia la manera y, paralelamente, cambia el héroe: de Heracles a Teseo. Pero las amazonas siguen como sus opositoras bélicas. El mito cuenta que Teseo (de la *Teseida*) roba a una amazona de Temiscira y la lleva a Atenas, teniendo como consecuencia la invasión de Ática y sitio de Atenas por las compañeras, quienes son vencidas. Teseo tiene con ella un hijo, pero la deja por una griega, Fedra, en cuyo matrimonio irrumpido por la amazona mata Heracles a ésta.

En otra Amazonomaquia encontrada en una “ánfora panzuda” hay la imagen del legendario Teseo llevándose a Antíope, nombre aludido a una amazona, descrita como

³ DEL REAL, Carlos Alonso. *Realidad y leyenda de las Amazonas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1967, p. 30.

vestida con ropa oriental, llevaba arco y flecha y carcaj. Pasadas las Guerras Médicas, el mito del rapto Teseo gana otra dirección.

Teseo, por su carácter mitológico heroico, ganó en su homenaje fiestas, al mismo tiempo en el que las amazonas también recibieron sacrificios. Todo el desdoblamiento que el mito obtuvo después fue subordinado a su figura. La *Estoa Poikile*, o Atrio Pintado, contenía, pasados algunos años, otras pinturas de guerras contra las amazonas, contribuyendo con la perpetuación del mito. Las vestes de las amazonas de igual forma van cambiando en las representaciones ya a 475 a.C. Las guerreras eran citadas en las oratorias funerarias atenienses, recordando que su derrota fue símbolo del rescate de todos los griegos de la esclavitud a manos de conquistadores extranjeros. En 380 a.C., las Amazonas dejan de ser vengadoras para ser conquistadoras, época en que Lisio, durante la Guerra Corintia, dibuja unas amazonas bélicamente superiores a los griegos, con armas más eficaces, montadas a caballo y, sobre todo, muy fuertes: eran andróginos en apariencia y postura. En seguida, las “reduce” a su naturaleza femenina, dándoles un protagonismo de perdedoras a la grandiosidad ateniense, en cuya cultura de creencia de que la vida tras muerte sería llena de pesares, lo importante era la victoria en vida para que se conservase su recuerdo entre los vivos.

Las amazonas aparecen también en la escultura. En las metopas inferiores del Partenón aparecen en el destacado edificio postal de la ciudad, cuyas figuras femeninas de Atenea y la de las guerreras contrastan con la victoria de la primera y derrota de éstas. En los cantos y literatura también aparece el carácter de rechazo de las amazonas al matrimonio (en *Hipólito* de Eurípides, 428 a.C.) y hábitos caníbales (*Las suplicantes* de Esquilo, 463 a.C.). La apariencia de las amazonas pasa a ganar mayor protagonismo con el correr del tiempo, dado que en el siglo V a.C. ellas aparecen descritas con escudos dorados, hachas de plata, amantes de hombres y asesinas de los propios hijos. Helánico afirma que las mujeres bélicas llegaron a Grecia sobre el “Bósforo congelado y se quitaron el seno derecho mediante cauterización”⁴.

El mito de las amazonas fue desarrollado por los hombres encargados de los medios informativos; elaboraron sus dos episodios básicos: el Noveno Trabajo de Heracles y la invasión de Ática, generando así un cuadro de las amazonas y se sus costumbres basado en los datos de los papeles y los valores de cada sexo. Subrayaron, el nivel consciente, el

⁴ TYRRELL, William Blake. *Las amazonas: un estudio de los mitos atenienses*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 58.

choque de las armas más que el conflicto sexual, como lo indica el grito de Apolo en *Las Euménides*. Si Agamenón había de ser derribado por una mujer, se lamenta Apolo, por qué no pudo serlo por una amazona? Los atenienses pensaron en la amazona primero como guerrera y luego como mujer⁵.

Pasando por las amazonas de Heródoto, las mujeres saurómatas, que se unieron a los escitas jóvenes por un proceso de “amansamiento” de estos sobre aquellas, llegamos a las mitológicas guerreras de Diódoro. En el siglo I a. C., este autor identifica las amazonas residentes en Libia, y luchan contra Gorgonas y los habitantes de Atlántida. Son descritas como devotas de Artemis, hermana de Apolo, ambos cazadores con arco, asociados con lobos, ciervos, aves de toda especie y potencia divina extrema.

En la “Edad Oscura”, en el siglo VIII, entre la ruina de Roma a Carlomagno, el mito viene de los romanos desde Procopio, Jordanes (trataron el tema de las amazonas con los godos), Osorio y Diácono, éste considerado el que mantuvo el mito a la posteridad intertextual lo más fiel al griego, contando el confronto entre las señoras bélicas y los lombardos.

En el siglo X hay la referencia a la palabra húngara *Gyeneq*, derivada del griego *Gynaikes*, que significa mujeres, citada como una tribu antigua de mujeres que vivía en la orilla del gran río Danubio. Para dar renuevo al mito, Alfonso el sabio en su *Crónica General* cuenta de un ataque por un grupo de mujeres negras a Valencia pasada la muerte del Cid.

En el siglo XVI es Fernández de Oviedo el historiador que se preocupa con el asunto, dedicando particular estudio sobre el encuentro de esas señoras viriles con españoles en la Tierra Firme (actual Venezuela/ Colombia), en Nueva Galicia y en innúmeros otros lugares, donde residía una sociedad matriarcal, cuya reina se llamaba Orocomay. Oviedo da intensa atención a las amazonas de Carvajal, llegando a afirmar la posible existencia de tal ginecocracia fijada en la selva debido al carácter idóneo del cronista dominico.

Son pocas las obras que se detienen en el estudio de la biografía de Carvajal siendo Medina⁶ el que ofrece una de las más completas. Gaspar de Carvajal nació en Trujillo (Extremadura, España) en 1504 y fue ordenado, probablemente en el convento dominico

⁵ *Ídem*, p. 59-60.

⁶ MEDINA, José Toribio. *Descubrimiento del Río de las Amazonas*. Valencia: Edym, 1992.

de San Pablo, en Valladolid, España. Su ida a las Indias está autorizada por la cédula real de 30 de septiembre de 1535, por la que Carlos I solicitó al *Magister Ordinis Predicatorum* diez dominicos para, bajo la orden de Fr. Vicente de Valverde, partir al Perú.

En la Real Cédula de 8 de diciembre del mismo año se ordenó el pago, desde Sevilla, a los religiosos acompañados de Valverde, ciudad en la cual se quedaron hasta comienzos del año subsiguiente gracias a la tardanza de la llegada de las bulas de Valverde y a otras cuestiones burocráticas. En una carta escrita por Carvajal al Rey desde Lima con la fecha de 9 de abril de 1561 figura la declaración de su propia mano de que servía al reino hacía 25 años y que era uno de los primeros, con su grupo, llegados a aquella tierra del *Pirú*. Esos 25 años de servicio a la Corona, concluye Medina, nos lleva a 1536, fecha en la que consideraba que probablemente embarcó. En una carta de la Reina, fechada en Valladolid el 3 de noviembre de 1536, se ordenó a los Oficiales Reales de la Casa de la Contratación el pago de los pasajes de los dominicos de la expedición. En respuesta, el tesorero de la Casa de la Contratación, en 9 de diciembre del mismo año, reconoce el pago y lista a los beneficiados: "(...) hay que pagar a fray Toribio de Oropesa, y fray Alonso Daza, y fray Gaspar de Carvajal, y fray Alonso de Sotomayor, y fray Antonio de Castro, y fray Pedro de Ulloa, y fray Gerónimo Ponce ..."⁷.

Una de las cuestiones que más ha llamado la atención de los estudiosos de las relaciones de viaje en general es la presencia de diversos mitos, unos tenidos como impulsores de los viajes y otros apenas como figurantes de las narraciones. En la relación de Carvajal ese aspecto es más que evidente. Bajando por el río que creían ser el Marañón, la expedición de Orellana encuentra una eventual tribu indígena que tenía como guerreros no hombre, sino mujeres a las cuales Carvajal bautizó como las legendarias Amazonas.

Antes del encuentro con tal sociedad matriarcal en plena selva, Carvajal en su relación nos va preparando para la llegada al centro de la narración. Nos relata Carvajal que estaban muy atentos y con mucha atención y escuchando lo que el Capitán les decía, y le dijeron que si íbamos a ver los amurianos, que en su lengua los llaman coniuputyara, que quiere decir grandes señoras, que mirásemos lo que hacíamos, que éramos pocos y ellas muchas, que nos matarían; que no estuviésemos en su tierra (...)⁸.

⁷ MEDINA, José Toribio. *Descubrimiento del...*, p. 34.

⁸ CARVAJAL, Gaspar de. *La aventura del Amazonas. G. de Carvajal, P. de Alместo y Alonso de Rojas*. Madrid: Historia 16, 1986, pp. 53-54.

Esa información les fue dada por un contacto con nativos de una tribu a la orilla del dicho río, que se hizo eco más adelante con otras informaciones adicionales de tales mujeres belicosas. Al llegar al pueblo de la plaza, un autóctono les informó sobre la condición de su propio pueblo como tributarios de las presuntas amazonas:

(...) dijo que eran sujetos y tributarios a las amazonas, y que no las servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y de guacamayos para forro de los techos de las casas de sus adoratorios, y que los pueblos que ellos tenían eran de aquella manera, y que por memoria lo tenían allí, y que adoraban en ello como en cosa que era insignia de su señora, que es la que manda toda la tierra de las dichas mujeres⁹.

Y después de pasar por el pueblo de la Calle, al 22 de junio de 1542 describe así el encuentro con las guerreras. Describe que “aquí dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las amazonas¹⁰”. Esos indios son descritos por Carvajal como soberbios y creídos, dado que tenían a los expedicionarios como vencidos, sitiados y les querían llevar a la presencia de las “amazonas”. Aquí se traba una sangrienta guerra, donde Carvajal es herido con un flechazo en el ojo, cuya visión nunca es de nuevo recuperada. Esos tributarios de las amazonas pidieron socorro delante de la respuesta del real de Orellana a tal afronta a los poderes reales presentes en el río, frente al cual vienen a socorrer las tales señoras bélicas:

(...) y sabida nuestra venida, vánles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaron volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la cabsa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza; y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas con sus arcos y flechas en las manos tanta guerra como diez indios; y en verdad que hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín¹¹.

⁹ *Ídem*, p. 73.

¹⁰ *Ibídem*, p. 80.

¹¹ *Ibídem*, p. 81.

Pasado el contacto con las amazonas, sus consecuencias y unos días de viaje a más, Orellana hace cuestionamientos sobre quienes eran tales señoras a un indio “trompeta” que acompañaba la expedición, el cual contesta que eran

mujeres que residían la tierra adentro siete jornadas de la costa (...). El capitán le preguntó si esas mujeres eran casadas: el indio dijo que no. El Capitán le preguntó que de qué manera viven: el indio respondió que, como dicho tiene, estaban la tierra adentro, y que él había estado muchas veces allá y había visto su trato y vivienda, que como vasallo iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El Capitán preguntó si estas mujeres eran muchas: el indio dijo que sí, y que él sabía por nombre setenta pueblos, y contólos delante de los que allí estábamos, y que en algunos había estado. El capitán le dijo si esos pueblos eran de paja: el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puestos guardas porque no pueda entrar nadie sin que pague derechos. El Capitán le preguntó si esas mujeres parían: el indio dijo que sí. El Capitán dijo que como no siendo casadas, ni residía hombres entre ellas, se empañaban: él dijo que estas indias participan con indios en tiempos y cuando les viene aquella gana juntan mucha copia de gente de guerra y van a dar guerra a muy gran señor que reside y tiene su tierra junto a la destas mujeres y por fuerza los traen a sus tierras y tienen consigo aquel tiempo que se les antoja, y después que se hayan preñadas les tornan a enviar a su tierra sin les hacer otro mal; y después cuando viene el tiempo que han de parir, que si paren hijo le matan y le envían a sus padres, y si hija, la crían con muy gran solemnidad y la imponen en las cosas de la guerra¹².

Las controvertidas amazonas de Carvajal figuran en los aspectos más intrigantes de las relaciones de viaje del siglo XVI. En ese pensamiento renacentista de regreso al pasado clásico, así como afirmación del pensamiento medieval de los mitos de otros viajes (como Marco Polo), Carvajal emblanquece a los indios y afirma haber visto esas mujeres “blancas”, “membrudas”, “altas”, “desnudas” y belicosas.

Interesante notar la distinción entre las amazonas descritas por Carvajal y las mencionadas por el indio capturado, cuyas características remontan a, según los estudios de Heufemann-Barría¹³, las hijas del sol incas; que Carvajal hace una junción de relatos indígenas para ordenar su discurso y legitimar lo que es llamado el discurso del fracaso. Es decir, que las amazonas de Carvajal son más belicosas, salvajes y masculinas, mientras

¹² *Ibidem*, p. 86.

¹³ HEUFEMANN-BARRÍA, Elsa Otilia. *Raíces medievales de las crónicas coloniales españolas: las “relaciones” del Río Amazonas*. São Paulo: Universidad de São Paulo, 2000.

las descritas por el autóctono comulgan de una organización, delicadeza y feminidad. A parte de eso, en la caracterización que las da, el nativo aproxima de las mujeres belicosas de la Edad Clásica griega, como aludido anteriormente.

La pluma del escritor tiene la intencionalidad que todo “cronista” del siglo XVI desea alcanzar. Se sabe que ningún historiador se confesará a si mismo amante de la mentira, pese a que sea una verdad histórica que todo hombre, y por lo tanto todo historiador, es un mentiroso¹⁴, Carvajal da su palabra de la verdad del evento. Repetidas veces afirma que “éstas vimos nosotros”, “cómo lo hemos pasado y visto” o “es verdad en todo lo que yo he escrito y contado”, además de que varios son los testimonios que dan sobre su honrada persona y vida. No estamos aquí para juzgar a la persona del dominico, pero sí echar un vistazo a la intencionalidad de su escrita al citar mitos y otras cosas maravillosas en las páginas de su relación.

Su obra de historia y todo su contenido tienen papeles y, sobre todo, poderes específicos, seguramente preconcebidos por Carvajal. Instrumento de política expansionista (documentar conquistas, legitimar políticas de expansión, defender reclamaciones sobre territorios, etc.), celebración de victorias, aumentar reputación del gobernante y defender sus intereses y asuntos¹⁵. Como ese instante histórico burilado por Carvajal tiene auspicios reales, la relación tiene la intencionalidad futurística: sirve para legitimar la gloria del gobernante mayor, en aquel momento histórico Carlos V y sus sucesores; y tiene una vertiente presentificadora: arrestar la opinión pública, respaldar la aspiración al poder de un gobernante, etc. Este último aspecto es de mayor relevancia en el desarrollo de nuestro trabajo.

Carvajal construye, sin pocos esfuerzos, la figura heroica de Francisco de Orellana, debido a que, principalmente, es acusado por Gonzalo Pizarro de haberlo abandonado y a su ejército en el medio de la selva, sin ningún material de los que llevó, como armas, barcos y mejores hombres. Orellana es enviado adelante en busca de comida para el real río abajo, pero Carvajal escribe la aventura y afirma la imposibilidad de no poder volver al real de Pizarro debido a la fuerza del río, entre otros motivos.

Para tal describe experiencias con seres fantásticos, como es el caso susodicho con las amazonas. Si encontró o no con tales guerreras, no se sabe. No hay por qué du-

¹⁴ Frase de Samuel Purchas en *Microcosmus* (1627), citado por Richard L. Kagan en KAGAN, Richard L. Los cronistas y la corona . Madrid: Marcial Pons Historia, 2010, p. 21.

¹⁵ *Ídem*, pp. 23-24.

darlo, por no ser imposible la existencia de mujeres que sepan manejar el arco con flechas, pese a que hay historiadores (como el cético Carlos Alonso del Real, Op. Cit.) que no creen en la existencia de tales indias con tinte clásico, visto que los estudios antropológicos actuales (y épicos) no lo comprueban. La puesta de elementos extraordinarios (referencia directa a las amazonas griegas) o descontextualizados (mujeres blancas, altas) en ese encuentro es el caso. Carvajal parece no hacer más que guardar un mandamiento de las relaciones de viaje de la época: el del historiador como “mentiroso”, del escritor como seductor de la opinión pública y legitimador de la aspiración de un gobernante al poder. La pluma de Carvajal con la intencionalidad propagandística, una suerte de abogado en defensa de un cliente, produciendo una narración veraz de hechos que se relacionan con un supuesto quiebre de leyes, hechas por medio de “una lectura selectiva de evidencias que minimiza la importancia de algunos hechos al tiempo que subraya la importancia de otros¹⁶”.

La actitud defensiva de Carvajal a su gobernante inmediato demuestra su intención de denotar su propia lealtad a la corona castellana, tan lejos de aquel rincón aislado que era la región del río descubierto, además de su lealtad a la iglesia, que eran teóricamente la misma cosa *in illo tempore*. La intención de su escrita alcanza mucho de lo que planificó con su Capitán Orellana: su obra llamó la atención de toda Europa con referencia a su contenido, inspiró a otros viajes al mismo lugar (Pedro de Ursúa, Pedro Teixeira, Charles Marie de la Condamine, etc.) y, otorgó a Orellana el reconocimiento por parte del Rey del derecho y gobernación de las tierras descubiertas. Toda la circunstancia justifica a Carvajal haber escrito sobre lo que vieron los expedicionarios y relacionarlo con el mito griego de que tenían conocimiento y que tanto habitaba la imaginación de esos hombres Medio-renacentistas.

En definitiva, Carvajal, en su papel protagonista de esa nueva configuración del mito de las Amazonas, otorga una nueva aura a las estructuras que vertebran los estudios que persiguen el mito de las mujeres bélicas a través de la historia. Si antiguamente la Amazonomaquia se confeccionaba con artefactos locales griegos, con imágenes estampadas en jarras de incontables matices y formas, de luchas de héroes épicos contra esas curiosas sociedades ginecócratas, el fraile dominicano se apropia del mismo mito para

¹⁶ Ibidem, p. 28. b

regalarle un tinte propio: provisto de su cosmogonía, blindado por su reputación y con su pluma empuñada.

BIBLIOGRAFIA

BAYLEY, Constantino. *El dorado fantasma*. Madrid: Consejo de la Hispanidad, 1943.

CARVAJAL, Gaspar de. *La aventura del Amazonas. G. de Carvajal, P. de Almesto y Alonso de Rojas*. Madrid: Historia 16, 1986.

DEL REAL, Carlos Alonso. *Realidad y leyenda de las Amazonas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1967.

HEUFEMANN-BARRÍA, Elsa Otilia. *Raíces medievales de las crónicas coloniales españolas: las "relaciones" del Río Amazonas*. São Paulo: Universidad de São Paulo, 2000.

KAGAN, Richard L. *Los cronistas y la corona*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2010.

MEDINA, José Toribio. *Descubrimiento del Río de las Amazonas*. Valencia: Edym, 1992.

TYRRELL, William Blake. *Las amazonas: un estudio de los mitos atenienses*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.